

Apuestas fundacionales en el campo de los estudios literarios hispanoamericanos

Foundational bets in the field of the Spanish American literary studies

Clara María Parra Triana

Universidad Santo Tomás, Colombia

e-mail: cparratriana@hotmail.com

Resumen

Cuando el campo literario hispanoamericano logró definir un espacio autónomo con las estéticas del modernismo, una nueva problemática dominó el espacio intelectual hispanoamericano en los inicios del siglo XX: ¿de qué manera había que estudiar el fenómeno literario sin quebrantar su elaboración estética y su posición histórico-cultural? Este cuestionamiento fue la base para que los estudios literarios en Hispanoamérica buscaran definir un espacio propio en el que, a través de la generación de sus propios discursos, distinguieran su aporte a las humanidades y a la autonomía intelectual hispanoamericana. Pensadores como Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes y José Carlos Mariátegui contribuyeron significativamente a abrir este espacio, integrando, a su vez, problemáticas de la historia y de la cultura al fenómeno literario como criterios interpretativos. En esta ponencia propongo observar el pensamiento crítico, histórico y cultural que hizo las veces de apuesta para que los estudios literarios funcionaran como un campo específico, abierto a la integración de saberes y de debates actuales.

Palabras Clave: Estudios literarios, Hispanoamérica, crítica, historia, cultura.

Abstract

When the Spanish American literary field was able to define an autonomous space within the aesthetics of the modernism, new problems were posed in the Spanish American intellectual space in the beginning of the XX century: How could the literary phenomenon be studied without breaking its aesthetic elaboration and its historical – cultural position? This question was the basis for the search that was started by the literary studies in Spanish America in order to define their own space by generating their own

discourse; moreover, a space where their contribution to the humanities and to the intellectual Spanish American autonomy could be recognized. Thinkers as Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes and José Carlos Mariátegui contributed significantly to open this space, by integrating, in turn, historical and cultural problems as interpretative criteria to the literary phenomenon. In this paper, I propose to observe the critical, historical and cultural thinking which operated as a bet, so that the literary studies function as a specific field, open to the integration of current knowledge and debates.

Key words: Literary studies, Spanish America, criticism, history, culture.

Los esfuerzos metacríticos de pensadores como Antonio Cornejo Polar, Ángel Rama, Hugo Achugar, Raúl Bueno, Nelson Osorio, Carlos Rincón, Roberto Fernández Retamar, entre otros, postulan que los estudios literarios hispanoamericanos son discursos diferenciales dentro de la producción cultural de la región, y que, por tanto, ameritan una revisión detallada y cuidadosa que dé cuenta de su lugar dentro de nuestra producción de pensamiento que es al mismo tiempo autónoma y legítima.

En sus diversas manifestaciones historiográficas, críticas y teóricas, el discurso de los estudios literarios hispanoamericanos se ha ido modificando de acuerdo con su función dentro de la sociedad. En los inicios del siglo XX, cuando el campo literario había alcanzado un notorio grado de autonomía dentro de las humanidades con las poéticas del Modernismo, el estudio de la literatura dejó de ser el discurso afirmativo de las identidades nacionales y se convirtió en la reflexión sobre la cultura hispanoamericana, que anhelaba afianzarse como una reflexión sistemática e independiente de los movimientos políticos y económicos, pero que aspiraba a ser coherente con el desarrollo de la historia.

Justo en el espacio en el que surgen «las interrogaciones sobre la existencia del pensamiento y un arte americano» (Rincón 17) producidas por las pugnas ideológicas, emergen los discursos especializados sobre la literatura

de esta América, pero también sobre estética en general. Coinciden nuestros pensadores contemporáneos (Raúl Bueno, Guillermo Mariaca, Nelson Osorio, Carlos Rincón, Rafael Gutiérrez Girardot, entre otros) en que es en la obra de Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes y José Carlos Mariátegui, en donde estas interrogantes con sus respectivos intentos de respuesta se encuentran planteadas de forma oficial.

A la obra de estos tres pensadores se le conoce como la tradición de la crítica literaria en Hispanoamérica, por ser en ella en donde se encuentran los primeros planteamientos modernos a nivel teórico, conceptual, metodológico y crítico. Cuando digo modernos, enfatizo en el hecho de que en sus proyectos se observa el posicionamiento de conciencia intelectual e histórica que busca definir como disciplina autónoma y legítima a los estudios literarios.

Veo a estos pensadores como intelectuales contendientes que luchan contra el legado ideológico inmediatamente anterior –producto del positivismo y del pensamiento liberal–, pero sobre todo luchan contra el peso de la tradición fragmentariamente explotada y reducida. Ellos generan como estrategia cultural el principio de subversión de las categorías de pensamiento establecidas, en lo referente al autoconocimiento de Hispanoamérica en sus dimensiones simbólicas. Cada uno hace de su trayectoria intelectual y crítica un mecanismo de posicionamiento a favor de los estudios literarios y su existencia socio-cultural. Sus obras parten de la creencia y la fe en que un discurso diferencial sobre la literatura convoca otras formas de pensar, tanto en torno a las producciones culturales como a los sujetos y sociedades que participan de ellas.

Pero para nuestros pensadores no se trató solamente de generar un discurso especializado, ya que su gesto fue socioculturalmente trascendente: esta independencia intelectual que se traduce solo de manera inmediata en discursos especializados tiene como objetivo mayor el de ubicar a Hispanoamérica en un diálogo continuo y participativo que abre los debates en torno a problemáticas actualizadas y tangibles. En sus obras no persiste el escapismo hacia un discurso autorreferente, pues ello equivaldría al reemplazo de la torre de marfil por la cátedra academicista; no, ellos buscan generar herramientas que ayuden a Hispanoamérica a avanzar en su autoconocimiento.

Es importante destacar también que las ideas literarias de nuestros pensadores se despliegan en torno a una evaluación crítica del nacionalismo, que funcionó como imperativo categórico de interpretación de la realidad hasta bien entrado el siglo veinte. Los tres pensadores se resistieron a asumir como categoría de interpretación ese supuesto equilibrio unitario que se desplegaba en torno a la idea de nación, cuya apariencia más cercana a la sacralización que a la realidad, hacía de esta última una invención homogenizante, mutiladora y aislacionista. Por este motivo, podemos observar que los impulsos de nuestros pensadores hacia la “teoría literaria”, la “historiografía literaria” o la “crítica literaria” se hallan fundamentados en una suerte de *ethos* a favor de la “autonomía interpretativa” capaz de mostrar, por fin, cuál es la “expresión genuina” (Henríquez Ureña), la “interpretación del espíritu del pueblo” (Mariátegui), o “la intención semántica humana” (Reyes) presentes en la literatura y exploradas por los intelectuales americanos. Henríquez Ureña denomina a esta búsqueda de expresión como una “rebelión ideal”, pues es protagonizada por unos cuantos sujetos lúcidos que se atreven a resistir a las “uniformidades del mundo”.

Los ensayos de nuestros pensadores instalan cuestionamientos para la interpretación de las realidades de cada nación y sus consecuentes producciones culturales, entre ellas la literaria. De este modo, para ellos el estudio de la literatura no se constituía como un ejercicio de mera especialización erudita, sino que, mediante la reconsideración de los saldos históricos, políticos y culturales debían encontrar lugar las elaboraciones estéticas, tanto en sus dimensiones eminentemente artísticas como en su calidad de testimonios de experiencia humana ante la realidad. El sentido historiográfico de los estudios literarios buscó establecer la relación entre los distintos discursos que habitaban el ambiente cultural, dejando de lado el supuesto erróneamente asumido de que la literatura debía ser interpretada como documento de comprobación histórica.

Los escritos que se ocuparon de temas y problemas literarios de Henríquez Ureña, Reyes y Mariátegui poseen como marca que los posiciona en una consolidada modernidad intelectual la declaración abierta de una conciencia enunciativa y fundante, evidenciable en el reconocimiento de las capacidades y limitaciones a la hora de plantear sus objetivos, y en su capacidad de autorreflexión acerca de los recursos de discusión. Estos escritos son lo que podríamos denominar “poéticas críticas”, pues no solo abordan temas para la discusión literaria, sino que además se enfrentan constantemente a

la subjetividad enunciativa de su escritura. Estas marcas de modernidad discursiva revisten a la discusión literaria de un espíritu de autoconciencia del sujeto que, en su condición de hablante, relativiza la mirada analítica. Estos pensadores son ante todo sujetos que se incluyen dentro del objeto en construcción (el objeto cultural-literario) que desean abordar. En sus obras atestiguamos, por un lado, la pérdida del hábito pretendidamente objetivo de los estudios llamados científicos y, por el otro, la ganancia de subjetividad humanista (no por ello menos rigurosa) que cuestiona los códigos objetivistas que rodeaban al estudio literario como manifestación de una aclamada científicidad. El ya conocido “testimonio de parte” mariateguiano, que introduce “El proceso de la literatura” constata este tipo de postura intelectual ante el problema de una reflexión autoconsciente, situada y fragmentaria:

Declaro sin escrúpulo que traigo a la exégesis literaria todas mis pasiones e ideas políticas, aunque, dado el descrédito y degeneración de este vocablo en el lenguaje corriente, debo agregar que la política en mí es filosofía y religión. Pero esto no quiere decir que considere el fenómeno literario o artístico desde puntos de vista extraestéticos, sino que mi concepción estética se unimisma en la intimidad de mi consciencia, con mis concepciones morales, políticas y religiosas y que, sin dejar de ser concepción estrictamente estética, no puede operar independiente o diversamente (*Siete ensayos* 207).

La discusión que Mariátegui introduce con su declaración frontal-subjetiva señala la consciencia de abordaje del objeto literario desde una subjetividad compleja. No se trata de un “veo lo que quiero ver”, sino, más bien, de un “veo desde donde me es posible ver”, a sabiendas de que se aprecia solo una parte del objeto y que este procedimiento es un acercamiento limitado, precario, pero aun así coherente con un modo de pensar y actuar en el mundo. La intención de coherencia de la prosa literaria mariateguiana marca uno de los momentos fundamentales de la nueva forma de dirigir el discurso crítico en Hispanoamérica: este ya no se pretende completo y cabal; aunque el objeto es amplio, la mirada es específica (no única), y esta posee criterios de selección (no de enumeración ni de abstracción), por lo cual la coherencia remite más a dichos criterios de lectura que al propio objeto literario. Se podría entender este gesto como una subjetividad llevada al estado más puro y extremo, pero lo que en realidad sucede es que

en esta prosa se reconoce, por fin, que el punto de vista es la instancia que evidencia la presencia del sujeto, y que, por tanto, actúa como testimonio (“testimonio de parte”) del ser humano en su presencia histórica y social. “El proceso de la literatura” de Mariátegui y “Aristarco o anatomía de la crítica” de Reyes, realizan este ejercicio y sitúan a la metacrítica como acción necesaria en la formación de pensamiento autónomo. Lo más llamativo de estas dos propuestas se encuentra en el planteamiento de la crítica como actividad que complementa la presencia del hombre en el mundo y su intelección de la realidad. La crítica es una compañía no siempre deseable pero necesaria, de allí su ser paradójico, nos dice Reyes; debido a que el hombre posee por lo menos dos caras, y una de ellas es la crítica, más le vale a este aprender a vivir con ella y darle su justo lugar:

Todo vivir es un ser y, al mismo tiempo, un arrancarse del ser. La esencia pendular del hombre lo pasea del acto a la reflexión y lo enfrenta consigo mismo a cada instante. No hay que ir más lejos. Ya podemos definir la crítica. La crítica es este enfrentarse o confrontarse, este pedirse cuentas, este conversar con el otro, con el que va conmigo (Reyes 105-106).

La actitud constructiva delata la idea de lo inacabado. Si siempre se está construyendo, edificando, la crítica permanece abierta y sensible. Las limitaciones y precariedades de un discurso en construcción actúan como marcas de subjetividad discursiva que nos son útiles como claves de interpretación del ejercicio siempre inacabado, siempre en proceso de elaboración de la crítica del estudio literario presentado por nuestros pensadores. En la prosa alfonsina, por ejemplo, observamos su modernidad más radicalmente declarada en el reconocimiento de las posibilidades de acercamiento propias y en las incapacidades para llevar a cabo una tarea cabal: «O dígame, para ser más piadoso, que procedemos por aproximación y solo por aproximación. Y si la aproximación es acercamiento, también es distancia» (Reyes 254).

El deseo de teorizar, es decir, de poner en un discurso abstracto, generalizado y pretendidamente universalista se afianzó como un gesto altivo de puesta al día con las dinámicas de nuestra propia tradición. Los intelectuales hispanoamericanos se propusieron «eliminar al intermediario» (*cf.* Reyes), a la voz que les indicaba por dónde orientar sus reflexiones, y se lanzaron a generar su propio punto de vista, contando con su experiencia personal e

histórica. La experiencia personal es la autodeterminación para forjar los propios caminos de formación, el ser capaz de elegir por dónde transitar y así elaborar sistemas de valores subjetivados; la experiencia histórica, –sobre la que nuestros tres pensadores nos dan lección–, es la capacidad de interpretar, organizar y desmontar las capas sobrepuestas de la tradición y el cúmulo de saberes que esta supone, para edificar desde allí tomas de posición propias, distantes de la complacencia y el servilismo patriótico. Para nuestros pensadores la literatura es una vía para descubrir lo que somos en tanto sujetos históricos pertenecientes a la tradición occidental que ha de ser una síntesis creativa y crítica:

Para los americanos –una vez rebasados los linderos de la ignorancia, claro está- es mucho menos dañoso descubrir otra vez el Mediterráneo por cuenta propia (puesto que de paso, y por la originalidad del rumbo, habrá que ir descubriendo otros mares inéditos), que no el meternos en postura de eternos lectores y repetidores de Europa. La civilización americana, si ha de nacer, será el resultado de una síntesis que, por disfrutar a la vez de todo el pasado –con una naturalidad que otros pueblos no podrían tener, por lo mismo que ellos mismos han sido partes del debate–, suprime valientemente algunas etapas intermedias, las cuales han significado meras contingencias históricas para los que han tenido que recorrerlas, pero en modo alguno pueden aspirar a categorías de imprescindibles necesidades teóricas (*El deslinde* 19 [El énfasis es mío]).

En efecto, todo esfuerzo teórico es una toma de posición que enfrenta al intermediario; “rebasar los linderos de la ignorancia” e inmiscuirnos en los más intrincados senderos del pensamiento y sus elaboraciones simbólicas (por muy elemental que parezca la tarea) es el camino que encuentra Reyes para salvaguardar nuestra actitud como civilización americana.

Henríquez Ureña había señalado en “Caminos de nuestra historia literaria” de 1928, la apremiante disolución de pseudoproblemas como el de la exuberancia, el supuesto andalucismo, la dicotomía de la América buena y la mala, los nacionalismos disimuladores, entre otros, para pasar por fin al enfrentamiento de discusiones presentes en las obras para su respectiva interpretación y selección. Los caminos de la historia literaria indicados por Henríquez Ureña denuncian la carencia de herramientas críticas a la que se enfrentan los lectores de nuestra literatura. Se observa la desazón por la falta de emprendimiento para llevar a cabo ejercicios de síntesis crítica, en donde

se encuentren las producciones más relevantes y la literatura se aprecie en su verdadera dimensión sociocultural.

La síntesis crítica a la que aludo consiste en el llamado que realizan nuestros intelectuales al conocimiento mediante la integración de nuestras realidades y producciones culturales, y a su respectiva puesta a prueba mediante la relectura analítica y la reinención de nuestros componentes culturales, a partir de un acercamiento propio a estos, sin intermediarios. Este “ensayo de síntesis” que la América hispana está llamada a intentar (*cf.* Reyes), que además edificaría un futuro de mayor conciencia histórica (*cf.* Henríquez Ureña), solo es posible si construimos nuestras propias herramientas para comprendernos.

Lo que les preocupa a nuestros pensadores es la manera como se lee y como se interpreta la producción literaria. Ellos ya no se plantean la pregunta sobre la existencia del corpus, sino sobre la forma de abordarlo sin vaciarlo. Para Henríquez Ureña, Reyes y Mariátegui el pensamiento histórico se constituye en la clave del recorrido interpretativo del crítico formado con gran disposición hacia la lectura.

La literatura, entendida como una forma de expresión autónoma, fue asumida por nuestros intelectuales como una instancia para formular un pensamiento propio hispanoamericano que fuera a la vez crítico y propositivo. Henríquez Ureña, Reyes y Mariátegui no se limitan a probar los vacíos de los discursos epistemológicos tradicionales, sino que de acuerdo con las necesidades intelectuales de nuestro espacio, lanzan propuestas que integran la preocupación exclusiva por un objeto particular, el fenómeno literario, con el universo cultural que lo rodea y lo determina.

Estos procedimientos se hicieron posibles gracias a la incorporación del pensamiento histórico, entendido como ejercicio de adquisición de conciencia cultural. El pasado, el presente y el porvenir se conjugan en una lectura crítica de los procedimientos que el ser humano busca para expresarse y dar testimonio de su participación activa en su entorno. El pensamiento histórico, presente en los discursos críticos en materia literaria, evalúa los saldos tanto de los eventos que han significado cambios en la conducta de los pueblos hispanoamericanos, como de los constructos simbólicos que procesan dichos cambios en términos de asimilaciones complejas.

La literatura es uno de estos constructos y como tal es una entidad viva que permite tanto la especulación teórica en su carácter abstracto, como el análisis crítico de realidades particulares en su carácter sociocultural, consolidando discursos englobantes que contribuyen al autoconocimiento de los pueblos.

Ser un sujeto moderno significó para nuestros intelectuales la posibilidad de erigir una voz propia, integrada por un pensamiento e ideas elaboradas contando con su experiencia histórica como sujetos hispanoamericanos. Tal experiencia es reinterpretada constantemente a partir de la conciencia de tradición que cada uno de sus discursos alberga y con la cual elaboran sus visiones sobre el pasado, el presente y el futuro. Sus propuestas ostentan la creencia en el futuro expresivo hispanoamericano y en el de los discursos literarios y estéticos en formación, pues plantean que el pensamiento sistemático sobre los fenómenos culturales es un sendero por el que el hombre aprende a conocerse y a comprenderse. Estos no son solo discursos sobre la literatura, sino que son discursos que reflexionan sobre el lugar que ocupa el ser humano en el mundo y en la historia, y la visión que tiene de sí mismo.

La crítica, entendida como ejercicio del espíritu, como manifestación transhistórica de la expresión humana, es la guía de todo el pensamiento literario de nuestros intelectuales. Ellos le otorgan el lugar legítimo de productividad, cambio y movimiento que esta genera y la despojan del sentido negativo que poseía como discurso “parásito”, sobre todo en relación con las artes: «Planteamos al hombre ante su mundo. Desde que lo percibe, ya no es pasivo: obra sobre él para adquirirlo, para dejarlo entrar en su ser. Y aquí comienza el debate epistemológico» (Reyes 292). La crítica es la facultad humana para discernir e intervenir la realidad bajo una posición de individualidad responsable; en su presencia el pensamiento no puede estancarse, pues esta actúa como impulso de movilidad y crecimiento perpetuo. La crítica literaria es la materialización de la conciencia creadora y receptora, frente a ella la creación es disfrute y este disfrute nunca se agota, la crítica permite el continuo disfrute del objeto estético.

Y si la crítica es una forma de investigar el disfrute del objeto estético para tenerlo, poseerlo, la ciencia literaria es el intento cabal de esa posesión. Los

discursos epistémicos han de tener la facultad de estar en posición receptiva ante los objetos estudiados, siempre potenciándolos, no limitándolos. El aparato metodológico de la ciencia literaria es solo una forma de dar pasos firmes, no una obligación de adecuación excesiva; de allí que toda ciencia albergue cierta especulación desinteresada sobre su objeto, una teoría de la esencia de su objeto. La literatura como entidad cambiante no precisa de aparatos inamovibles para su comprensión, sino de criterios capaces de avanzar a la par con el desarrollo de las expresiones literarias en su particularidad. Es eso lo que sostienen Henríquez Ureña y Mariátegui en las reflexiones que implementan criterios y categorías más acordes con los procesos de desarrollo de la literatura como expresión estética, tales como el vínculo estrecho que advierte Mariátegui entre la actitud social y la actitud estética, o el proceso de profesionalización del escritor y la consecuente evolución del fenómeno literario en el trabajo crítico historiográfico de Henríquez Ureña.

De los trabajos de nuestros tres pensadores se puede extractar, como conclusión provisional, que el estudio de la expresión literaria tiene en ellos por lo menos una condición doble: a) la de mostrar que la literatura es una expresión que se basta a sí misma y que puede soportar sobre sus hombros el peso de una disciplina que se ocupe de ella en su carácter estético, social, histórico y cultural, y b) que la literatura constituye una plataforma de conciencia cultural a partir de la cual el ser humano se puede pronunciar como sujeto crítico. La literatura es un eslabón en la cadena de procesos culturales que contribuye a la intelección del mundo y de la realidad, pues esta es siempre una elaboración colectiva permanente.

Fuentes de consulta:

Bueno, Raúl. “Sentido y requerimientos de una teoría de las literaturas latinoamericanas” en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*. Año XV, N.º 29 1989: 295-307.

_____. *Escribir en Hispanoamérica. Ensayos sobre teoría y crítica literarias*. Lima/ Pittsburg: Latinoamericana Editores, 1991.

Cornejo Polar, Antonio. “Para una agenda problemática de la crítica literaria latinoamericana: diseño preliminar” en *La actual crítica literaria latinoamericana*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1985: 172-178.

Gutiérrez Girardot, Rafael. *Temas y problemas de una historia social de la literatura hispanoamericana*. Santafé de Bogotá: Ediciones Lave Canés, 1989

Henríquez Ureña, Pedro. *Las corrientes literarias en la América Hispánica* [1945]. Ciudad de México: F. C.E., 2001.

_____. *Obra Crítica* [1960]. Ciudad de México D. F.: F. C. E., 2001.

Mariátegui, José Carlos. *Siete ensayos e interpretación de la realidad peruana* [1928]. Ciudad de México: Ediciones Era, 2002.

Mariaca, Guillermo. *El poder de la palabra. La crítica cultural hispanoamericana* [1993]. Santiago de Chile: Tajamar Ediciones, 2002.

Osorio, Nelson. “Situación actual de una nueva conciencia crítico-literaria” en *Revista de crítica literaria Latinoamericana*, Año XV, N.º 29, Lima, 1989: 285-294.

Reyes, Alfonso. “La experiencia literaria”, “Tres puntos de exegética literaria” en *Obras completas*, [1962]. Vol. XIV. Ciudad de México D. F.: F. C. E., 1997.

_____. “El deslinde”, “Apuntes para la teoría literaria” en *Obras completas*, [1963]. Vol. XV. Ciudad de México, 1997.

_____. “Al yunque” en *Obras completas*, [1960]. Vol. XXI. Ciudad de México D. F.: F. C .E., 2000.

Rincón, Carlos. “Historia de la historiografía y la crítica literarias latinoamericanas: historia de la conciencia histórica” en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, año 11, N.º 24, 1986: 7-19.